

UN MES.

Madrid. 6
Prov. 3 meses. . . 20

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 60
Provincia. . . . 70

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL SPERONARE, por Alejandro Dumas.—Uno id. de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

FUNERALES DE GUILLERMO EL CONQUISTADOR.

Guillermo el Conquistador murió en Rouen el 9 de setiembre de 1087, al salir el sol, encomendándose á la Santísima Virgen. En sesenta años que tenía entonces, había reinado cincuenta y dos en Normandía y veinte en Inglaterra.

¡Triste ejemplo de los peligros que amenazan á un país cuando el gobierno es obra de uno solo! Apenas hubo cerrado los ojos Guillermo, cuando fué abandonado de todos. Su hijo y todos los señores de la corte, presumiendo que aquel funesto suceso sería seguido de turbaciones, se apresuraron á montar á caballo, y llevando consigo sus mugeres y sus hijos, se retiraron lo mas pronto posible á sus castillos, mientras que los criados y dependientes inferiores, quedando solos al lado del cadáver, robaban las armas, las alhajas, los vestidos, la ropa, todos los muebles, y huían igualmente, dejando el cuerpo del señor desnudo sobre el suelo. Así quedó la casa durante dos horas completamente desierta. Sin embargo, la alarma se esparció pronto en Rouen, y los habitantes, tan alarmados cual si tuviesen á la vista un ejército enemigo en las puertas de la ciudad, trasportaban, ocultaban todos sus muebles ó trataban de venderlos á menos precio.

El arzobispo de Rouen solo no participó de la consternación general: envió su clero al lado del muerto, y dió las órdenes necesarias para la fúnebre ceremonia. Se había decidido que el entierro de Guillermo se verificara en Caen. Un pobre caballero del campo, llamado Erlain, le vistió á su costa de los mas sencillos vestidos

de luto, y se encargó de hacerle trasportar sobre una barca hasta la ciudad donde debía recibir sepultura.

El tercer abad de San Esteban de Caen, Guileberto, salió al encuentro del entierro: iba seguido de una multitud de clérigos y legos que condujeron el féretro á la abadía; pero en el momento en que le entraban estalló un incendio en uno de los cuarteles de la ciudad, que estendiéndose de casa en casa destruyó una gran parte de la ciudad. Los habitantes y el clero rompieron inmediatamente la procesion, dejando á los monges solos continuar el entierro y entrar al duque en la iglesia.

Nuevos incidentes debían todavía señalar esta triste inhumación.

Los religiosos, por respeto á su prelado, que habían acompañado el féretro, abandonándole

Se había dicho una solemne misa, hallándose los restos del vencedor de los sajones depositados en un ataud que debía ser bajado á la fosa que se había abierto en medio del coro. El obispo de Evreux había subido al púlpito para pronunciar el panegirico del rey difunto: lo había alabado por haber estendido el poder normando, por haber elevado su nacion mas alto que lo habían hecho sus predecesores: había elogiado su justicia, su piedad y prudencia, porque había mantenido en todos los estados que de él dependían, la paz y la seguridad individual de sus individuos: le había dado gracias por el pueblo, por el clero y los monges, y para terminar su arenga había dicho estas palabras:

—Pues que en esta vida ningún mortal puede vivir sin pecado, oremos todos á la caridad de Dios por el príncipe; intercedamos por él con el Todopoderoso, y si hay un solo hombre que se halle quejoso de él, le suplico que le perdone.

Entonces un ciudadano de Caen, Asselin, hijo de Artús, animado sin duda por la exhortación del prelado, levantándose en medio de la muchedumbre, se adelantó hasta cerca del cadáver; estendió la mano sobre él, y gritó con voz estentórea:

—¡Harol!

Palabra tan poderosa entre los romanos: despues, volviéndose hácia la concurrencia:

—Este terreno, dijo, es mio; fué el sitio de la casa de mi padre; este hombre, por el que orais, se la arrebató contra toda justicia, y con abuso de su poder fundó aqui esta iglesia. Yo la reivindico como mia en nombre de Dios, y me opongo á que el cuerpo del usurpador sea cubierto con mi misma tierra, y sepultado en mi herencia.

Esta reclamación, formulada con tanta energía, llenó de sorpresa á los obispos y los barones que asistían á los funerales. Sin embargo, las pretensiones de Asselin eran justas, y los concurrentes confirmaron la verdad de lo que había dicho. Entonces el obispo, cuyo corazón lleno de justicia

quiso satisfacer al reclamante, le hizo acercarse, y lejos de reprenderle lo temerario de su acción, le aplacó con dulces palabras: le dió por el solo sitio de la sepultura sesenta cuartos de oro, producto de una cuestación hecha inmediatamente



Guillermo el conquistador.

el honor de concluir la ceremonia, se habían contentado con depositar el cuerpo entre el coro y el altar, y habían aguardado á que los señores obispos y abades de la provincia hubiesen venido para juntarse ellos segunda vez.

alrededor del cadáver, y prometió pagarle igual precio por el valor del resto de la tierra de su herencia, ó cediéndole otro terreno. Promesa que fué cumplida algun tiempo despues.

Pero no concluyeron aqui las humillaciones reservadas al cadáver de Guillermo. Hemos dicho que el príncipe fué depositado en un féretro: cuando se le hizo bajar al hoyo que se habia construido de mampostería, se encontró que era demasiado estrecho. Viéronse obligados á enterrarlo á la fuerza; pero le dieron un movimiento tan violento, que el vientre, que era muy grueso, reventó. En vano quemaron incienso, en vano esparcieron otros perfumes y aromas; todos los espectadores y el pueblo que los rodeaban, no pudiendo estar en la iglesia por el mal olor, se dispersaron con disgusto, y los ministros mismos de la ceremonia, se apresuraron á terminarla y salieron en desorden.

«Así, dice despues de haber contado este hecho Orderico Vital, el monge de San Ebroul, cuyos libros llenos de una poesia no comprendida é ignorada, solo hojeaban los sabios estudiosos, así un rey, en otro tiempo poderoso, señor de numerosos pueblos y tantas provincias, fué dejado desnudo sobre el suelo y abandonado de aquellos mismos que le debian la vida ó el alimento. Con la fortuna de los otros, el que hasta entonces habia gozado de una opulencia tan supérflua, no tuvo para pagar un ataúd en que le enterrasen. Un monarca que habia poseído tantos fuertes y tantas plazas, no tuvo ni aun espacio suficiente para su sepultura, y su vientre, alimentado con tantas delicias, se destrozó ignominiosamente. ¡Oh lujo de los hombres! no pongais vuestra confianza en el falso poder de los príncipes de la tierra; ponéla en Dios, verdaderamente poderoso; que las riquezas no seduzcan su corazon, porque toda carne es como la yerba, toda gloria como la flor de la yerba: la yerba se seca y su flor cae.»

Guillermo el Rojo, su segundo hijo, á quien acababa de abrirse así el camino del trono, inmediatamente que llegó á Inglaterra se apresuró á entregar á un platero caenés, llamado Othon, una gran cantidad de oro, plata y piedras preciosas sacadas del tesoro real, con orden de emplearlas en adornar el sepulcro de su padre de una manera digna de él. Fiel al encargo del rey, el artista construyó un monumento notable bajo todos aspectos. Consistia en una piedra tumular de mármol negro, sostenida por pilares de mármol blanco, coronada con la estatua del duque, echada y vestida con sus vestiduras reales.

En 1522 se verificó la primera exhumacion. Pedro de Martini, obispo de Castres, y el abad de San Esteban, procedieron á ella por orden del rey de Francia. Despues de haber levantado la piedra tumular, se descubrió bien conservado el cuerpo del rey, que era de una extraordinaria estatura.

En 1662, los calvinistas, con esperanza de encontrar algun tesoro, despues de haber quitado los adornos del cenotafio y hecho pedazos las esculturas, lo abrieron, y no encontrando mas que los huesos del duque envueltos en un sudario de tafetan encarnado, á instancias del teniente de bailio y de Bourqueville, lo entregaron al padre Miguel de Cerralvo, procurador de la abadia, que lo conservó poco tiempo; porque la abadia de San Esteban fué saqueada algunos meses despues por las tropas de Coligny, y los monges, viéndose obligados á huir, volvieron á dispersarse los restos de Guillermo. Unicamente el señor de la Mercerie, despues lugarteniente del vizconde Falera, obtuvo de un rebelde un hueso del muslo, que era, como pudo notarse entonces, cuatro dedos mas largo que los de los hombres de mas alta estatura.

En el año 1626, fué reedificado un segundo sepulcro en forma de altar en el coro de la iglesia, cuando el padre Juan Baille-Ache era gran prior. Este sepulcro de mármol blanco era gran prior. Este sepulcro de mármol blanco era gran prior. Este sepulcro de mármol blanco era gran prior.

Mas tarde, en 1742, con autorizacion dada por Luis XV al intendente de Caen, Vifré, los restos de Guillermo el Conquistador fueron trasladados al santuario de la iglesia de San Este-

ban, cubriéndoles con un simple mármol negro al nivel del suelo.

Por último, hecho pedazos en 1793 por los revolucionarios, este modesto sepulcro fué restablecido por las órdenes del general Dugua, prefecto de Calvados, con una nueva piedra indicando únicamente el nombre del príncipe y sus títulos.

Vean aqui nuestros lectores por qué vicisitudes ha pasado hasta llegar á nuestros dias el cadáver del duque Guillermo el Conquistador, este hombre extraordinario que reunia en sí una parte de los vicios y la grosería de su época.

EL ARPA ROTA.

(Conclusion).

III.

Gabriel no habia dejado traza alguna de su desastre; el rio prosiguió estrellándose contra las rocas, y la brisa del crepúsculo suspirando entre la espesura del bosque.

Cuando vinieron con teas encendidas en busca del joven *della Freggia*, atribuyeron su desmayo al excesivo calor ó á la fatiga de la caza.

Este, por su parte, guardó un profundo silencio sobre lo ocurrido, dejando á sus servidores en esta creencia. Trasladado al castillo, y ya en su lecho, una fuerte calentura comenzó á declararse, calentura que á la mediación de la noche le produjo un delirio espantoso.

—¿Oís el rumor de la cascada? decia agitándose presa de una fiebre terrible: ¿oís los lamentos de las olas al estrellarse contra los riscos? Lloran la muerte de Gabriel... Alejad ese arpa que habeis colocado á mi cabecera... ¿Quién ha reunido sus fragmentos?... ¿Quién la toca?... No... no la alejéis... no pongais vuestras manos sobre ella... el menor soplo la desharia... ¡Es tan vieja la pobre arpa!... ¡Pobre arpa!... ¡Pobre Gabriel!... ¡Oh! ¡Esta música es insostenible! ¡Me desgarran el corazon!... ¡Me golpea las sienes como un martillo de bronce!... El arpa crece... Gabriel... Gabriel... Perdóname, perdóname...

Sus padres, que velaban junto á su lecho, no comprendian aquellas frases desgarradoras é incoherentes, hijas del remordimiento y la calentura.

Pasadas algunas horas, Cayetano salió victorioso de esta crisis terrible, en que la naturaleza y la fiebre, haciendo esfuerzos inauditos, se habian disputado palmo á palmo su vida.

Tres dias despues de estos acontecimientos, *della Freggia* abandonó el lecho, mas á pesar de los testos latinos con que el doctor quiso probar á sus padres que ya no habia que temer por su salud, á pesar de Avicena, Hipócrates y otra porcion de autores famosos que aseguraban lo mismo, el convaleciente permaneció por largo tiempo presa de una especie de enagenacion mental, acompañada de una debilidad y una palidez espantosa.

El menor ruido le llenaba de asombro: no dormia nunca; no amaba las flores, las aves, el campo, que eran sus delicias otras veces; la sola vista de su escopeta le producía un ataque de nervios; el rumor del agua ó una sola nota de cualquier instrumento, le privaba de la razon.

Así pasaron hasta cuatro años, cumplidos los cuales se empezó á notar alguna mejoría en la salud del joven *della Freggia*. Poco á poco los fantasmas que aterraban su imaginacion se fueron disipando; el carmin volvió á sus mejillas, y la tranquilidad, si no la alegría, á su alma.

—Beltran, que ensillen á *Lampo*, mi hermoso corcel de raza; que saquen las traillas y limpien mi escopeta, que quiero pasar la tarde cazando en el bosque del torrente.

Esto dijo Cayetano al levantarse un despejado dia de otoño.

Dos horas despues un caballo negro y arrogante, piafaba á las puertas del castillo.

—Que no vuelvas tarde, Cayetano, le dijo su padre al verle partir.

—¿Por qué?

—Se dice que andan algunos bandidos por la

campaña, y hay quien asegura que noches pasadas llegaron hasta el torrente.

—¡Bah! no temais: antes que caiga el sol estaré de vuelta. Una nube de polvo ocultó al gine, que seguido de su trailla y de Beltran, partió al galope despues de dichas sus últimas palabras.

—Señor, que la noche avanza, y el horizonte se presenta cargado de nubes oscuras.

—No temas, Beltran.

—Señor, yo no temo por mí, sino por vos.

—¿Y qué es lo que temes?

—Que descargue la tempestad, y...

—¿Y nos mojemos? Nunca otro mal nos acontezca. ¿Hay algo mas?

—Es posible...

—¿Qué?

—Los bandidos...

—Cuentos de viejas; ¡bandidos aqui!... Miedo es lo que suele haber.

—Mirad que...

—Vaya, vaya, *Lampo* mio, al escape... Beltran, azuza los lebreles; no quiero perder esa cierva, aun cuando debiera costarme la vida, cuanto mas un rocion. ¡Sus! ¡Al escape! ¡Al escape!

La noche habia cerrado, y la tempestad cumplia su amenaza.

—¿Con que ahora estamos ahí? Voto á... Beltran Spianzani, el cazador por escelencia, no conoce un sendero que nos saque de este maldito bosque...

—Señor, la noche está muy oscura, apenas á la luz de algunos relámpagos puedo reconocer los lugares en que nos hemos perdido.

—Ahora brilla uno.

—Si... junto la encrucijada... á la derecha está... justo, eso es.

—¿Has visto algo?

—Si señor.

—Y dónde nos hallamos?

—En la encrucijada del Jabali.

—¿Conoces alguna senda para salir de la encrucijada?

—Si señor; hay una, aunque bastante escabrosa.

—¿A dónde va á parar?

—A la caída del rio.

—¡Diantre! ¿Y no hay otra?

—No señor; ninguna.

—Pues vaya... por la caída del rio.

Concluido este diálogo, señor y escudero enderezaron la marcha de sus corceles en direccion á la cascada.

Como media hora haria que marchaban por este camino, cuando Beltran picó su caballo y lo emparejó con el del joven.

—¿Señor?

—¿Que te se ofrece de particular?

—¿No escuchais nada?

—Si; el estampido de los truenos.

—¿Y nada mas?

—Y el aullido de algunos lobos, á quienes parece no les va muy bien con la lluvia.

—Yo creo todo lo contrario.

—¿Qué crees?

—Que porque les agrada la tempestad aullan.

—Bien puede ser. No me pico de inteligente en materia de lobos, y por lo tanto ignoro sus costumbres.

—Es que estos, á mi modo de ver, son lobos de otra especie.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo creo que...

—No prosigas. ¡Ja! ¡ja! ¡Pobre Beltran! Con los años te se ha ido el valor. Vamos, vamos, no sueñes y aviva el paso.

—Mejor seria amartillar la escopeta, pensó para sí el cazador volviendo á su puesto.

Pasó un rato: Beltran volvió á adelantarse.

—¿Y ahora qué me decis?... ¿Es tambien miedo?

—¿Qué pasa?

—No percibís un ruido sordo que viene sonando á nuestras espaldas ya hace algunos minutos, y que se hace de cada vez mas distinto?

—¿Y bien? ¿Qué es eso?

—Que nos siguen, y ese es el rumor de las pisadas de los caballos.

—¡Bah! ¡bah! Es la lluvia, que azota los árboles.

—¿Oís un relincho sordo y lejano?

—Es el viento que silba.

—¡Voto á!... Que se van acercando...

—Es el agnacero que arrecia.

—¡Pronto!... ¡Picad el corcel, y preparad las armas!

—Beltran, ¿quieres divertirte?

—¿Oís ese crujido?... amartillan tras las frondas.

—Son las ramas de los árboles que se tronchan y crujen.

—¡Dios me valga!

Una descarga retumbó de eco en eco, hasta perderse entre las ráfagas del viento, que bramaba entre los zarzales y las encinas del bosque.

Beltran había caído derribado de su cabalgadura.

—¡Ira del cielo! exclamó el joven al sentirse arrebatado por su corcel, que herido y lleno de asombro, sacudió la crin, lanzándose como un rayo á través del laberinto de malezas que le rodeaba.

El corcel hendía los aires y con él su ginete, cuyo rostro azotaba el huracán.

De repente á su alrededor sonaron voces confusas que se perdían entre el rumor de los truenos y el zumbido de las aguas; luego algunas detonaciones, blasfemias y quejidos: se había trabado un combate; pero ¿quién contra quién combatía? La noche, envolviendo á unos y otros en su sombra, hacía imposible el adivinarlo.

Algunas antorchas arrojaban por intervalos rayos de rojiza claridad, iluminando instantáneamente los robustos troncos de los árboles: después volvía la oscuridad, que solo interrumpía algún relámpago con su luz cárdena y amarillenta.

Y el corcel volaba, y con él su ginete.

—¡Victoria! ¡Victoria y á ellos! ¡A ellos! ¡Que huyan!

A poco de resonar estas voces, los tiros se hicieron menos frecuentes, y algunos ginetes á todo escape pasaron como sombras ante los espantados ojos de Cayetano, que sorprendido aun, no acertaba á explicarse cuanto le sucedía.

—¡Al torrente! exclamó con voz terrible y sonora uno de los fantásticos caballeros que cruzaban entre la niebla como un torbellino.

—¡Al torrente! repitieron los otros.

Y todos volaban hácia el torrente: los desconocidos y Cayetano, cuyo corcel seguía la misma senda que estos.

Algunas balas cruzaban silbando junto á sus oídos. Algunos de los que le precedían era derribados al suelo por ellas; pero la veloz carrera no cesaba.

Al fin llegaron al torrente. El caballo del joven cazador se detuvo á la orilla. Los otros se lanzaron sobre las rocas donde el río se estrellaba, con una agilidad y un arrojo extraordinarios. En aquel instante retumbó un trueno espantoso, al que siguió de cerca un relámpago; á su luz, lanzándose de peña en peña, la crin tendida y la ancha nariz humeante, *della Freggia* vió un corcel ligerísimo y blanco, y sobre este un hombre, cuyo rostro iluminaba la azulada y fantástica claridad de la exhalación.

—¡Gabriel! dijo cayendo á tierra desvanecido.

El corcel desapareció con la luz.

—¿Está muerto?

—No, está herido.

—Tampoco: no se le ve sangre.

—¡Señor! ¡Señor! No responde.

—Llévemole al castillo.

—Esperad, que ya vienen los que traen á Beltran.

Este diálogo tenía lugar entre algunos criados del duque *della Freggia*, que al resplandor de una antorcha examinaban á Cayetano para cerciorarse de si vivía aun.

A poco llegó Beltran, conducido por cuatro monteros, entre los cuales y los que esperaban á la orilla del río, se trabó el siguiente diálogo.

—¿Cómo va el herido?

—Curado completamente.

—¡Ha muerto!

—Hace algunos instantes. ¿Y el señor?

—No sabemos qué tiene; pero está desmayado.

—A buen tiempo llegó el socorro.

—No en vano el señor duque nos envió al bosque. Un cuarto de hora mas de tardanza, y en vez de llevar un cadáver llevamos dos.

—Basta de palabras inútiles, y en marcha.

—¡Al castillo!

—¡Al castillo!

IV.

Un mes había transcurrido.

El sol despuntaba cuando *della Freggia*, pálido aun y débil, abandonó el castillo de sus mayores, no sin recibir primero la bendición de su padre.

Como único remedio para aquella enfermedad misteriosa y terrible, los médicos le habían aconsejado que emprendiera un viaje. En efecto, después de algunos años que empleó en recorrer la Europa, Cayetano volvió á Italia, no conservando de sus dolencias mas que una eterna y profunda melancolía.

Sus parientes le enviaron á la corte de Nápoles, pues su padre había muerto.

El rey lo distinguió. La fortuna le prestó sus alas; llegó á ser el favorito y dispensador de todas las mercedes, y su crédito se aumentaba tanto de día en día, que llegó á decirse proverbialmente: *poderoso como della Freggia*.

V.

Cayetano se hallaba en Roma.

Una mañana, al salir por una de sus puertas, se encontró detenido por una multitud inmensa de gentes del pueblo, que parecían esperar algo.

—¿Qué pasa hoy de particular? preguntó dirigiéndose á un *lazzaroni* que formaba parte de uno de los grupos.

—Escelencia, una cosa muy comun: que ahorcan á un hombre.

—¿Y para eso nada mas se reúne tanta gente?

—Es que ajusticiados como el que hoy hace conocimiento con la soga, no se ven todos los días, respondió un hombre del pueblo que escuchaba la conversacion, y que se mezcló en ella apenas encontró esta coyuntura.

—¿Y que particularidad le distingue de los ahorcados comunes?

—El ser un bandido.

—No creo que los otros sean santos.

—¡Ya! pero este es un bandido, que por espacio de algunos años ha tenido en un puño á media Italia.

—¿Sabeis su nombre?

—Gabriel.

—¡Gabriel! repitió sordamente *della Freggia*, como preocupado por un recuerdo; después, volviendo sobre sí, prosiguió dirigiéndose á sus interlocutores:

—¿Sabeis de dónde es natural?

—De Roma.

—¡De Roma! añadió él mismo, presa de una agitación que aumentaba mas y mas cada una de las respuestas de aquellos hombres.

—¿No tiene algun otro nombre que Gabriel?

—Si; cuando chiquillos le conocíamos por el apodo de SANGRE CALDO.

A estas palabras el joven duque le pareció ver una nube de sangre que pasaba ante sus ojos, y se apoyó sobre la espalda de uno de sus vecinos para no caer al suelo: quería hablar, pero sus labios temblaban con un movimiento convulsivo; al fin murmuró como hablando consigo mismo:

—¡Gabriel! ¡Gabriel! ¡Es imposible! ¡Yo lo vi despenarse!... Sin embargo, aquella noche... Pero no; aquello fué una ilusión... Gabriel ha muerto... ha muerto, y á los muertos no se les ahorca.

—Este caballero se ha puesto malo, dijo el *lazzaroni*, es preciso llevarle á su casa.

—Si, si, repitieron algunos de los que formaban parte del grupo.

—¡Atrás! exclamó Cayetano reponiéndose, y separando á los que ya se disponían á tomarle en hombros: ¡atrás! Os prohibo que me toqueis: no quiero ir á mi casa... necesito ver á ese

hombre... ¡Pronto! ¡pronto! Guiadme á donde está.

—¿Quién?

—Ese Gabriel.

—¡El sentenciado!

—El mismo.

—Mirad: la gente se agolpa á la puerta de la ciudad, y el Cristo de los agonizantes asoma por ella, rodeado de las hachas verdes: el reo se aproxima.

En efecto, la multitud corría en dirección al punto señalado por el *lazzaroni*; los muchos trepaban á la copa de los árboles; la campana de la capilla PAOLA, tañía con un sonido lúgubre, y sobre las olas de cabezas desnudas, se adelantaba lentamente una manguilla con un crucifijo en el remate.

Della Freggia se lanzó, rápido como el pensamiento, á través de los espectadores, abriéndose paso hasta llegar al reo. Cuando le vió, exclamó dando un grito y como fuera de sí:

—¡Deteneos! ¡Deteneos!... ¿Que es él! ¿Que es él!

Y él era. Pálido, la mirada perdida, el cabello caído sobre los ojos, que rodeaban dos cerros azules, cubierto con una túnica amarilla, los pies desnudos, las manos atadas y apoyándose en uno de los penitentes que, silenciosos y sombríos, marchaban á su alrededor. Gabriel, con un paso incierto y vacilante, se adelantaba en dirección al cadalso.

—¿Qué mal va! dijeron algunos al verle aparecer en el dintel de la puerta de la ciudad.

—¡Pobrecito! ¿No ha de ir mal, si va atravesando los mismos lugares en que nació y vivió cuando niño? añadieron algunas viejas enjugándose una lágrima, y empujándose sobre las puntas de los pies para gozar mas á sus anchas del espectáculo.

Y era así: aquellas campiñas tan verdes y lozanas que se desplegaban á sus ojos, risueñas y encendidas por los rayos del sol, eran las mismas que había visto deslizarse entre risas, ilusiones y cantares su juventud. Aquella ancha puerta, cuyo arco robusto y ceñido de yedra, proyectaba su sombra sobre su frente, era la misma que le había visto salir con la aurora, de la gran ciudad, para lanzarse al mundo... Aquella casita que parece dormía al pie de un fresno arrullado por la música que la brisa arranca de sus hojas, es la de Marietta... ¡MARIETTA!... este es el nombre que recuerda... ¡Marietta! ¡Sueño del niño! ¡Página de oro en la historia del pasado! ¡Lágrima de fuego que cae sobre el corazón en el presente!...

—¡En nombre de *Su Santidad*, deteneos! exclamó Cayetano, dirigiéndose al oficial de la escolta.

El cortejo fúnebre se detuvo: calló la multitud, y el gefe se adelantó algunos pasos hasta encontrar al que le dirigía aquella orden.

Gabriel no se apercibió de nada: sumergido en su profunda meditacion, veía en el pasado, y el presente se agitaba confuso ante sus ojos, como los fantasmas de una pesadilla.

—¿Tracis el perdon?

—No.

—Entonces perdonad, pero me es imposible daros gusto.

—Ved lo que haceis.

—¡En marcha!

—Deteneos, repito. Si no tengo el perdon, lo tendré dentro de un instante: soy *della Freggia*.

Este nombre produjo un efecto mágico: todos conocían al favorito del rey de Nápoles, no ignorando tampoco el favor que gozaba cerca de *Su Santidad*.

—Que me dejen hablar solo con el reo.

Los soldados formaron un círculo, en cuyo centro quedó Gabriel, al que se acercó Cayetano diciéndole estas palabras, mientras con su puñal cortaba las ligaduras que le oprimían.

—¡No, tú no morirás! ¡Yo te salvaré! Yo te salvaré, aun cuando me fuera preciso dar mi vida por la tuya.

—¿Y quién sois vos?... ¿Qué quereis de mí? murmuró Gabriel como saliendo de un sueño.

—¿Qué, ¿no me conoces?

—No os conozco.

—Sin embargo, tú has oído mi nombre.

—Yo no he oído nada. En este instante tenía mi alma en Dios, y mi memoria en...

—En tu arpa...

Gabriel retrocedió un paso, clavando sus ojos en los del joven duque.

—¿Sabeis por ventura?...

—Mirame bien.

El oficial de la escolta desnudó su espada al ver que el reo hizo un movimiento para lanzarse sobre *della Freggia*; pero este le detuvo.

—¡Ah! no: exclamó Gabriel conteniéndose y dejando caer sus brazos; basta de sangre: harto terrible ha sido mi venganza.

—¿Me conoces?

—Sí... os conozco.

—¿Pero cómo pudiste escapar del furor de las olas?

—La muerte no me quería aun... las aguas arrastraron hecha astillas la única herencia que recibí de mi madre, mi arpa, mi tesoro, el amuleto por cuya virtud viví hasta entonces, honrado y dichoso, arrojándome á la orilla sin recursos, llenos de lágrimas los ojos y el corazón de rabia. Si, para mi mal, salí de la tumba, porque entré en ella bueno y salí malvado. Vos me habíais hecho odiar á los poderosos y los perseguí en los bosques, y los detuve en los caminos... Yo los he robado... los he matado; ahora sufro la pena, y la encuentro justa... donde hay crimen debe haber espíacion.

—¡Oh! No, cien veces no; esta espíacion no se cumplirá; yo no quiero que tú mueras.

—¿Aun aquí, en las puertas de la eternidad, queréis ser dueño de mis acciones?

—Gabriel, Gabriel, ten piedad de mí; no se trata de obediencia ni de autoridad, se trata de deber de justicia. Tus delitos son los míos; tu pena yo la merezco... Si, si, mia es la culpa. Mas escucha: aun puedo hacer algo por ti... Puedo hacer que te vuelvan por una hora á la cárcel... esa hora la emplearé en obtener tu perdón... y lo obtendré. Tengo crédito para que me lo concedan...

—¡Mi perdón! ¿Y de qué me serviría? No; ya me he arrepentido de mis faltas; he hecho penitencia por ellas; he aceptado resignadamente mi castigo, y no tengo deseos de vivir.

—Sin embargo...

—¿Queréis entregarme á mis remordimientos volviéndome á la vida?

—¿Y tú quieres entregarme á la desesperación, corriendo á la muerte?

—Los dos hemos delinquido, los dos debemos sufrir. Justo es que partamos la espíacion, como hemos partido el crimen: yo muriendo, vos viéndome morir... no queráis ser egoísta; no queráis, por quitarnos un peso que agobia vuestra alma, arrancarme del patíbulo echando ese peso sobre la mía. Eso no es justo, ni noble.

—Si, Gabriel, si; yo dividiré contigo el dolor... pero es necesario que vivas. ¡Por piedad! vive... necesito de tu vida como del aire para alimentar la mía.

—Es imposible.

—¡Imposible!

—No quiero vivir.

—Pues vivirás... ¿Te sonríes?

—Sí; me sonrío al veros tan impotente y tan soberbio. ¡Vivirás! ¡Vivirás! ¿Quién puede detener mi brazo, embotar mi cuchillo ó secar el Tiber? ¿Vos? Vamos... dejadme morir en paz, ya que no me habeis dejado vivir de esa manera... evitadme un nuevo crimen, y evitadme un nuevo remordimiento... mirad que si os empeñáis, y la desesperación me ciega, moriré condenado y maldiciendoos.

—¡Oh!

—Y ahora muero arrepentido y perdonándoos.

—¡Gabriel!

—¡Alzad! Prometedme que rogareis á Dios porque se apiade de mi alma, que no dareis un paso para evitarme la muerte.

—¡Gabriel!

—¿Me lo prometeis?

—¡Oh! No, no; exclamó fuera de sí una mujer joven y pálida, lanzándose entre Cayetano y Gabriel, no lo prometeréis.

—¡Marietta! exclamó éste lleno de asombro y dolor. Luego, levantando hacia el cielo una mirada suplicante, añadió: ¡Dios mío! ¡Esto mas!

—¡Gabriel! ¡Gabriel! vive, te lo pido yo... yo que te he esperado durante tantos años...

yo que moriré si tú mueres... dime que vivirás... dime que no quieres gozarte en martirizar á esta pobre mujer, que no te ha hecho mas daño que amarte.

—¡Pobre Marietta!... ¿Y para qué quieres que yo viva? ¡Para arrojar mi infamia sobre tu frente! ¡Oh! ¡No! ¡No! Si yo hubiera vuelto con mi arpa, feliz y honrado como te vi por última vez, cada una de estas palabras de amor hubieran sido para mí un paraíso... Hoy... hoy son un infierno... Oh, no... no, un castigo mas, una espíacion divina que precederá á la humana.

—¡Gabriel, eso es imposible! Tú no tendrás tu vida y la mía en tu mano, y la abrirás sobre un abismo. No; tú eres bueno... No sonrías amargamente al escuchar mis palabras... Tú eres bueno... El que lo ha sido, lo será... La corteza sufre en los combates de la vida, pero el corazón permanece intacto... lloras... ¡Gabriel! Tú no debes morir... yo no quiero que mueras... ¡No morirás!

Marietta lloraba, Cayetano lloraba, la multitud lloraba; solo Gabriel, después de enjugarse una lágrima furtiva, permaneció tranquilo al parecer, pero en su pecho se había trabado una lucha tremenda.

—¡Pobre Marietta! exclamó levantando á esta, y pasando una mano por sus cabellos. ¡Pobre Marietta! Tú también espías el crimen de haberme querido... ¿Sabes tú lo que soy? ¿Sabes tú por qué marchó al patíbulo?... ¡No! ¡no! ¡Tú no lo sabes! Si lo supieras enjugarias tu llanto... Me maldecirías mas...

—¡Calla... calla!... Yo no conozco tus delitos... yo te esperaba... te esperaba, y no venías... Yo dirigí votos á la Madona, y no venías... Hoy, hoy mismo... ¿pero á qué hablar de esto? Gabriel, te lo repito: yo no conozco tus faltas; ignoro tus delitos; pero aun cuando pesaran sobre tu frente todos los del mundo entero, yo te amaría, yo los dividiría contigo, yo sería, como tú criminal...

—¡Silencio! Silencio, Marietta, que Dios te oye... el Dios ante cuya presencia voy á comparecer en breve.

—¡Y bien! que me oiga. Si, quiero que me oigan el cielo y la tierra. Te amo, y quiero que vivas.

—Gabriel, vive, exclamó *della Freggia* con una voz ahogada por el llanto. Vive, no por mí, por esta inocente.

—Si, Gabriel, vive... yo te amaré... huiremos de Roma... de Italia...

—¿Y no es mejor huir del mundo?

—Oh, no... aun podemos ser felices, allá... en un sitio muy lejos, donde nadie nos conozca, donde no tengas mas que mi amor, inagotable, eterno... Gabriel, vive... sígueme, porque si no te sigo.

—¡Marietta!...

Gabriel tuvo un momento de vacilación; los ojos de Marietta se dilataron fijándose en su rostro, en el que ya leía su triunfo; Cayetano estaba próximo á arrojarle á sus pies, mas de repente la mirada de Gabriel se oscureció, inclinó la cabeza sobre el pecho y murmuró con una voz sorda, pero resuelta y firme:

—¡Imposible!

Marietta cayó á sus pies desplomada, y lanzando gemidos desgarradores: parecía que la razón estaba próxima á abandonarla, á juzgar por el extravío de sus pupilas y por el desconcierto de sus palabras: en vano Gabriel imploraba su compasión, pintándole el estado de su alma, los atroces remordimientos que devoraban su corazón, y con los que le era imposible vivir. Marietta no había sentido jamás esa sierpe que roe las entrañas de los criminales, y no podía adivinar todo el horror de una existencia intranquila, y manchada de sangre y delitos. Sollozos, lamentos, súplicas, capaces de hacer vacilar otro corazón menos firme que el de Gabriel; estas eran sus únicas respuestas.

—¡Oh! ¡Esta mujer no puede comprenderme! exclamó al fin el desgraciado. Tú, prosiguió dirigiéndose á *della Freggia*, que lívido y convulso presenciaba aquella escena, obra suya en parte; tú, que sabes lo que son remordimientos, manda que me lleven al cadalso.

Una hora después, Gabriel había dejado de existir.

Aquella noche Marietta fué conducida á una casa de locos.

Al otro día el último vástago de la ilustre familia de los *Freggia*, el favorito del rey de Nápoles, el poderoso duque, abandonó sus títulos y riquezas para sepultarse en un monasterio.

MISCELANEA.

CAMINO ABREVIADO.—Dos quintos iban desde un pueblo á la capital de la provincia, para tratar de eximirse del servicio. Cansados por el largo camino que habían hecho, se dirigen á un viagero á quien encuentran.

—Caballero, ¿quiere vd. decirnos cuánto camino nos queda que andar para llegar á Pamplona?

—Diez leguas.

—Bien, dijo uno de los jóvenes quintos, nos tocan á cinco cada uno.

LOS ACCIDENTES.—Un joven estudiante de la universidad de Oxford, recibió un día la visita de uno de los criados de su padre, el que le dió espresiones de toda su familia.

—Bien, bien, dijo el joven, ¿y qué tal van en la casa? ¿Qué noticias hay?

—Ninguna, replicó el criado, sino la muerte de la cotorra.

—¿Y nada mas? Pero ¿de qué se ha muerto el pobre animalito?

—De haber comido demasiada carne.

—¿Cómo! ¿Y quién es el que se la ha dado?

—¿Cómo que quién? Los cuatro caballos de la carretela.

—¿Qué? ¿Se han muerto también? Explícate.

—¡Pobres animales! Hubieran vivido mucho tiempo si no los hubieran reventado á fuerza de hacerles llevar agua.

—¡Agua! ¿Y por qué?

—Para apagar el fuego el día del incendio de la casa.

—¿Cómo! ¿Se ha quemado nuestra casa? ¿Y cómo esta desgracia, gran Dios?

—Una desgracia muy grande, y que no hubiera sucedido si los criados no hubieran sido perezosos para cuidar las velas.

—¿Pero qué necesidad hubo de velas?

—Para el entierro de la señora, su madre de vd.

—¿Cómo! ¿Ha muerto mi madre? ¡Y es esta la primera noticia que recibo! Esto es increíble.

—No tan increíble como vd. cree, porque ha muerto de repente... de pesar.

—¡Por amor de Dios, ¡hon! dime qué ha podido causarle ese pesar, ese disgusto.

—¡Oh! Ella no tuvo la culpa: Catalina, la doncella de vuestra madre, hace seis meses que se había presentado en un baile con el vestido mas de moda y mas elegante que se ha visto jamás en aquel país, y de la envidia murió.

UN DISCURSO IMPROVISADO.—Sir Ricardo Stela hacia construir una casa de campo con una capilla que quiso fuese muy estensa. Avanzaba lentamente la obra, porque no pagaba á los trabajadores. Un día fué á verlos: le llevaron á la capilla que acababan de concluir. Sir Ricardo mandó á uno de los trabajadores que subiese al púlpito y hablase, á fin de poder juzgar si era sonora la sala. Subió el trabajador y preguntó qué es lo que debía decir. Sabíase bien que no era orador.

—Dí lo que primero te se ocurra, respondió sir Ricardo.

Entonces, con un tono inspirado, exclamó el trabajador:

—Hace hoy seis meses, señor Ricardo, que no hemos visto vuestro dinero; ¿cuándo queréis pagarnos?

—Muy bien, dijo sir Ricardo, muy bien, he oído perfectamente, pero has escogido muy mal asunto.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,

calle de Sta. Teresa, núm. 8.